

De estándares y paradigmas: el desafío de los estudios abiertos

Por Myriam Anzola

En los últimos días hemos estado considerando la tremenda responsabilidad que implica para el Programa de Estudios Abiertos la evaluación de los trabajos finales de nuestros participantes cuando cierran su proceso con la presentación de un portafolio y con la exposición de un trabajo de investigación plasmado en un documento escrito como colofón.

Ese momento representa una *evaluación* del material por parte de los tutores y de los miembros del Consejo Directivo del Programa para asignar los lectores especialistas de los temas presentados y para cotejar la información requerida como cierre del proceso de cada uno de los aspirantes a obtener un título que avale su desempeño profesional. En este sentido y para ser coherentes con la filosofía de nuestro ProEA pensamos que la *evaluación* que se plantea en nuevos espacios educativos alternativos no se refiere exactamente al rendimiento académico manifiesto en una calificación numérica, que sin duda puede ser un indicador de un resultado de aprendizaje, pero que para nosotros definitivamente no es el resultado más confiable.

En nuestra concepción de evaluación es menester referirnos a las cualidades del aprendizaje que los estudiantes hayan desarrollado e incorporado a su estructura mental ; es decir es necesario dedicarnos a constatar que lo que hayan aprendido sea lo más relevante para profundizar en el tema de su dominio que resulte significativo para el entorno social en el que viven. Es decir comprobar que los productos presentados denoten los logros intelectuales que sean más relevantes para ellos, que los puedan reconstruir y aplicar a su vida de relación como sustento de su desarrollo personal.

Para el participante, la evaluación debe ser una herramienta propia, tan valiosa como las demás de su proceso formativo, que le permita constatar su ubicación, reconocer su progreso, identificar sus requerimientos y proyectar sus expectativas. Si la evaluación no queda bajo el estricto dominio del participante, será una falacia aspirar al desarrollo de una personalidad crítica y creativa.

Morín en *Los siete saberes de la educación del futuro*, citando a Claude Bastien explica que la evolución cognitiva no se dirige hacia la elaboración de conocimientos cada vez más abstractos, sino al contrario, hacia su contextualización en la vida de relación del que aprende. Es así que en la construcción del autoconcepto intelectual del participante del ProEA el currículo debería integrar las partes y el todo, el contexto y los fragmentos interrelacionados entre el conocimiento y su tejido común con la vida social y profesional .

En el documento de la UNESCO 2001 como reseña a la citada obra de Morin se expresa que:

“El paradigma cartesiano separa al sujeto del objeto y determina una doble visión del mundo, por un lado un mundo de objetos sometidos a observaciones, experimentaciones, manipulaciones; por el otro un mundo de sujetos planteándose problemas de existencia, de comunicación, de conciencia, de destino”.

Para ser buenos y para ser justos en la comprensión de la evolución y el crecimiento intelectual de nuestros participantes en el camino que emprenden para legitimar su conocimiento, debemos abandonar las formas y los estándares que conocemos como deseables y centrarnos en **el sujeto que aprende, ese sujeto particular, rodeado de sus propias circunstancias** cuyo cerebro opera al margen de prescripción alguna. Para eso planteamos la realización de un portafolio, el suyo propio, el que lo retrata a sí mismo, el que puede lograr en este momento de su existencia.

No hay recetas, ni dogmas, ni talleres, ni estándares, que puedan predestinar la vida académica del que aprende en el ProEA porque cada persona es un ser irreplicable y único. Y así como las autobiografías no se evalúan (porque no hay posibilidades de reprobar en la vida) los portafolios tan sólo se “escuchan” se atestiguan, se reciben con la actitud del espectador que atiende a un relato en el que no puede incidir. A nadie se le ocurriría acudir a ver una película haciendo juicios de valor sobre lo que debe acontecer en la historia y mucho menos trazarle el recorrido deseable al devenir del relato mientras lo escucha, simplemente lo observa, lo oye, lo siente, y aunque le suscite todo tipo de percepciones, no procede hacer el mínimo intento por trazar ningún otro recorrido porque simplemente ese es el que ocurrió.

Dice Morín (Op.cit):

*“...la **normalización** elimina lo que ha de discutirse, el imprinting marca a los humanos con el sello de la cultura familiar, luego la escolar, después la universidad o el desempeño profesional, así la selección sociológica y cultural de las ideas rara vez, obedece a su verdad, o por el contrario, puede ser implacable con la búsqueda de verdad”.*

Siendo así debe resultar claro que la tarea de elaborar el portafolio es un acto personalísimo e inescrutable que el programa explica en su importancia y en su concepción para que el participante lo comprenda a cabalidad, pero esa comprensión no lo posibilita para ninguna elaboración preconizada por ninguna instancia, simplemente lo orienta sobre su posible dimensionalidad en beneficio de su organización mental.

Y en relación con el trabajo de investigación solicitado como requisito final otra cita de Morín resultaría aún más definitiva

“Las mentes formadas por las disciplinas pierden sus aptitudes naturales para contextualizar los saberes tanto como para integrarlos en sus conjuntos naturales. El debilitamiento de la percepción de lo global conduce al debilitamiento de la responsabilidad y al debilitamiento de la solidaridad, mientras que la cultura general incita a la búsqueda de la contextualización de cualquier información o de cualquier idea, la cultura científica y técnica disciplinaria desune y compartimenta los saberes haciendo cada vez más difícil su contextualización”.

Ra Ximhai. Vol. 1. Número 3, Septiembre.-Diciembre 2005, pp. 653-665 657.

No es una tarea nada fácil la que nos toca frente a la responsabilidad que tenemos, no tanto con el *statu quo* de la Academia, sino sobre todo frente al participante que se comprometió en emprender un proceso de crecimiento intelectual y que aspira a lograrlo con el mayor rango de éxito.

El desafío implica abandonar *los mitos tan queridos* como diría Freire, implica crear nuevos modos, acuñar un nuevo sociolecto, ingeniar nuevos trayectos, novedosas formas de un hacer distinto desde la compañía, desde la convivencia interpersonal y social.

Una cosa es clara; mientras más se asemeje el programa (en cualquiera de sus momentos) a la ortodoxia cartesiana representada en las formas arbitrarias de evaluación prescriptivas y estandarizadas desde “afuera” de las mentes de los que aprenden, menos coherentes seremos en la consecución del objetivo que nos planteamos para propiciar la libertad creadora.

En paradoja mientras más nos acerquemos amorosamente a compartir con las mentes de los que quieren profundizar en el conocimiento, siguiendo sus vericuetos, respetando sus caminos, aprendiendo de sus modos de pensar y de actuar, más posible será la emancipación del pensamiento y la superación de la opresión desde la hegemonía de los que pretenden la administración del conocimiento. ¡Como si tal pretensión fuera posible de realizar!.

Myriam Anzola